

El poema del origen

Natalia Monsegur

El poema del origen

Cuando nacimos, cuando nació la vida,

algo cayó del cielo, algo pequeño,

un polvo con la deliciosa potencia

de arrastrarnos hacia un mar de siglos.

Aquello minúsculo se mezcló con el agua,

y el espíritu comenzó a florecer;

fuimos bacterias, y aún hoy somos bacterias,

pequeñas larvas insignificantes,

aunque llenas de conciencia, y anhelos.

En ese momento, la chispa entró en los océanos,

y comenzó algo tan exorbitante, tan creativo,

una llamarada, un continuo de cambios.

Entonces nos convertimos en peces,

en anfibios, ballenas, lobos, perros.

Fuimos cerdos, monos, osos, gatos

y el agua y el mineral fueron parte nuestra;

en el torrente sanguíneo vino

una majestuosa ráfaga de piedras preciosas.

Así somos. Esa es nuestra composición.

Somos fuego, aire, tierra, agua

y el pequeño hilo dorado.

El misterio delicado, exquisito,
un hilo que exhorta quiénes somos,
cómo somos, y más. Más.

Ese hilo dorado, una vez leí,
está en el núcleo de cada una de las células,
y ahí se enrosca en si mismo,
¿Cómo es que somos? No lo sé.

¿Cómo puede ser que todo sea misterio?

Luego de esa fuerza de inicio, nos organizamos.

Yo no había nacido aún cuando eso comenzó.

Y vos tampoco. Pero comenzamos a organizarnos.

Y fuimos hijos de las pampas, hijos de las cataratas,
hijos de los mares, hijos de los desiertos,
hijos de los ríos, hijos de las cordilleras. Hijos.

Hijos e hijas. Y luego como la organización
era tan bonita, tan fresca, nacieron frutillas,
lavandas, amapolas, y el buey, el búfalo,
y otras cosas gigantes.

Perdoname si apresuro el tiempo,
mucho tiempo apresuro, pero en esos momentos
yo sé que hablaba el viento, yo sé que hablaba el árbol
yo sé que hablaba el pájaro, yo sé que hablaba la nieve.

El mundo hablaba. Hasta que dejó de hablar.
Hasta que comenzó a callarse. Y algo se despertó.
Algo que no tendría que haberse despertado.
Y entonces, después de dibujar el infinito en las cuevas,
luego de atravesar los pliegues de los territorios
como si fueran umbrales, llegó el momento del miedo
y nos detuvimos.
Los que hilaban dejaron de hilar.
Los que cuidaban el fuego lo dejaron apagar.
Las que tomaban la teta dejaron de mamar.
En cambio, escucharon el sonido
de lo que no tiene nombre.
Vinieron las conquistas, las guerras,
y el “esto es mío y sólo mío”. El desorden.
En la sucesión interminable del tiempo,
hubo algunos que dejaron de existir y otros
que se guardaron en las selvas, en las montañas,
en los desiertos. Unos prometieron nacer
y cuidarse mucho de lo innombrable.
Hubo otros que emprendimos el camino,
de quitarnos de encima lo que no sirve.
No sé cuántos humanos escondidos hay
en este momento en la Tierra
pero rezan, rezan y sostienen el origen.